

«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

4. La existencia cristiana

de Luigi Giussani*

VOCACIÓN

El hombre solo encuentra la energía necesaria para la acción en la claridad y la seguridad.

El advenimiento del Espíritu arrolló la pusilanimidad de los apóstoles y suscitó la aventura más intensa, valiente y dinámica que conoce la historia del espíritu humano.

«Tú solo, Señor, me das seguridad»⁵⁷. El descubrimiento de Cristo como centro de todas las cosas elimina el miedo y permite que el hombre sienta una capacidad de contacto dominador con todo: «Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei»⁵⁸.

Esta nueva cultura obliga, más concretamente, a una concepción densísima de la vida, con una actividad ininterrumpida y una responsabilidad sin escapes. Tal actividad es un verdadero «servicio» en cada instante, con cada palabra («sea que comáis, sea que bebáis...»)⁵⁹: servicio al *Reino*, es decir, a ese diseño del cosmos en el que Cristo es cabeza de toda la realidad. La existencia de cada cual tiene un sentido –es verdadera– solo en cuanto está en función de su reino.

Una función prevista por el mismo Ideal que ha establecido la trama misteriosa de todo: cada *conciencia* lo es precisamente en cuanto se da cuenta de estar destinada a una tarea, y esta toma de conciencia nace del encuentro entre Dios y cada hombre, del acontecimiento de la *vocación*.

El lugar donde dicho encuentro se realiza completamente es Cristo: la vocación de cada hombre es un acontecimiento que sucede en el ámbito de la realidad personal y misteriosa de Cristo: «Habéis sido llamados en Cristo Jesús...»⁶⁰.

Darse cuenta de la propia vocación, plantear la vida siguiendo su llamada, concebir la existencia como un servicio al Todo: he ahí el compromiso vital de nuestro propio ser al que obliga lúcidamente el Espíritu de Cristo, dándonos la fuerza para comenzar y para ser fieles.

La concepción moderna de la vida en ninguna otra cosa se manifiesta tan lejana del Espíritu de Cristo como en este punto. El criterio con el que la mentalidad de hoy acostumbra a mirar el futuro se centra en el provecho, el gusto o la comodidad para el individuo. El camino que elegir, la persona a la que amar, la profesión que desarrollar, la facultad donde matricularse: todo está dispuesto de tal modo que se erige como criterio absoluto la utilidad particular del individuo. Y esto parece tan obvio y tan supuesto que el vuelco que provoca la llamada resulta, aun para muchas personas honradas, un desafío al buen sentido, un engreimiento, una exageración. Son acusaciones repetidas incluso por educadores que se sienten cristianos, o por padres a los que solo preocupa el éxito humano de sus hijos: juicios sobre las situaciones personales y públicas, consejos para vivir bien, advertencias o reprimendas, todo está »

⁵⁷ Cfr. Sal 23 (22),4.

⁵⁸ *Vulgata*, 1 Cor 3,22-23.

⁵⁹ 1Cor 10,31.

⁶⁰ Cfr. 1 Cor 1,9.

* «Huellas de experiencia cristiana» en *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 92-97.

» dictado desde un punto de vista en el cual está totalmente ausente la devoción al Todo, la preocupación por el Reino, y exiliada la realidad de Cristo. «¿Qué me podrá dar todo? ¿Cómo conseguir la mayor ventaja posible de todo?»: estos son los criterios inmanentes de la sabiduría más extendida y del buen sentido más reconocido.

En cambio, la mentalidad cristiana invierte esas preguntas, las contradice, las mortifica, y agiganta justamente el imperativo opuesto: «¿Cómo podré darme con todo mi ser, servir más al Todo, al Reino, a Cristo?». Este es el único criterio educativo de una personalidad humana tal y como la ha redimido la luz y la fuerza del Espíritu de Cristo.

La primera juventud es la única etapa donde segura y *fácilmente* pueden desarrollarse esa sinceridad lúcida y comprensiva y esa magnanimidad tenaz que requiere la concepción cristiana de nuestra existencia.

La profunda disponibilidad de toda nuestra vida para el servicio al Todo es de extrema importancia precisamente para comprender *cuál* es la función que estamos llamados a desarrollar, *cuál es nuestra vocación personal*. Lo que debo hacer, lo que debo ser, mi vocación, no se me presenta normalmente como un mandato concreto, sino más bien como una sugerencia, una invitación. La vocación, que es el significado de mi vida, se me presenta más como posibilidad entrevista que como algo ineluctable e inequívoco. Más aún, esto es más cierto cuanto más fundamental e importante es la tarea que hay que realizar. La conciencia, en su aspecto más puro y genuino, es la que sugiere más discretamente: se trata de la inspiración. De tal modo que mi estatura personal la decido yo al adherirme positivamente a posibilidades delicadísimas.

CARIDAD

La aceptación de la vida como vocación, en función del Todo, define la existencia como una profunda destinación para *compartir* la realidad de la que originalmente se nace y de la que continuamente se depende; una profunda destinación a *participar* en ella, aceptándola y ofreciéndose a ella, puesto que es la voluntad de Dios, a su Reino. La aceptación de la vida como vocación compromete la existencia en la *caridad*.

Recojamos en los orígenes de la nueva humanidad redimida por el Espíritu de Cristo los ejemplos más excepcionales por la riqueza y la sencillez del amor: «Ut sint consummati in unum»⁶¹.

«Ellos hicieron entonces llamar de nuevo a los apóstoles. Después de haberles hecho azotar con varas, les prohibieron de nuevo hablar de Jesús, y les dejaron en libertad. Ellos –los apóstoles– abandonaron el Sanedrín muy contentos de haber sido dignos de padecer ultrajes por causa de Su nombre. Y todos los días, en el templo o en las casas, no cesaban de anunciar la buena noticia del Señor Jesús»⁶².

«Hermanos; una vez más os digo que nadie me tenga por insensato o, si queréis, tratadme como insensato, pero permitidme que me gloríe. Ellos –mis enemigos– ¿son judíos? También yo. ¿Son descendencia de Abraham? También yo. ¿Son ministros de Cristo? Hablando localmente, más yo: en trabajos, más; en prisiones, más; en azotes, mucho más; en peligros de muerte, muchos más. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces padecí naufragio, un día y una noche pasé en los abismos; muchas veces en viaje me vi en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos; trabajos y fatigas en pro- »

⁶¹ *Vulgata*, Jn 17,23.

⁶² Hch 5,40-42.

» longadas vigiliias muchas veces, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío y desnudez; esto sin hablar de otras cosas, de mis cuidados de cada día, de mi preocupación por todas las iglesias. ¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién cae sin que yo no me abrase? Si es menester gloriarse, me gloriaré en mi flaqueza. Dios y Padre del Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos, sabe que no miento. En Damasco, el etnarca del rey Aretas puso guardias en la ciudad de los damascenos para prenderme, y por una ventana, en una espuerta, fui descolgado por el muro, y escapé a sus manos»⁶³.

Los primeros apóstoles *siguieron* verdaderamente a aquel Maestro que describía su alma en la parábola del Buen Pastor, donde la caridad revela toda su exigencia de iniciativa, creatividad y vigor⁶⁴.

UNIVERSALIDAD

La naturaleza misma de la acción cristiana, compartir, indica perentoriamente su ámbito, que es ilimitado; comprometerse en una genuina experiencia de caridad significa abrirse de par en par al universo. Todo límite impuesto desde el interior a la amplitud de nuestra existencia mortifica el amor; este, el amor, no es en efecto un gusto, ni un cálculo, ni tampoco un inteligente plan; consiste en una humilde adhesión al ser tal como se nos ofrece.

De ahí que la característica esencial y la verificación definitiva de una existencia cristiana sea su ilimitada apertura, es decir, su *universalidad*.

Pero también es necesario que un compromiso auténticamente humano se extienda a todos, porque la humanidad pertenece inevitablemente a todos; y una atención a la propia experiencia humana no es verdadera si se aparta –aunque sea inconscientemente– de la experiencia de todos. Sin embargo, una perspectiva universal clara y la energía para seguirla concretamente son más un don que una conquista, dependen más de un encuentro que de una genialidad personal. Son fruto del Espíritu.

Entonces se comprende por qué el primer gesto de los apóstoles después de Pentecostés –el discurso de Pedro a los judíos– testifica de modo tan inequívoco y clamoroso la entrega a un ideal sin límites.

Apenas el mandato del Señor –«Id y predicad a todas las gentes»⁶⁵– se convirtió, por el don del Espíritu, en arrolladora y concreta realidad, la Iglesia conoció la llegada de la madurez: porque uno sale de la infancia y se siente adulto solo al encaminarse hacia lo universal.

Es la expresión de un gesto decididamente humano, de un trabajo fecundo, porque finalmente ha sido restituido a sus dimensiones originales.

Ninguna existencia cristiana es tal si no reproduce esta clara apertura al universo. Dicha apertura no se manifiesta en el imposible desprecio o el inhumano desinterés por lo particular, sino más bien en el modo en que se vive lo particular. Familia o amistad, clase o escuela, estudio o profesión pueden convertirse de vez en cuando en objeto de un severo compromiso y una entrega genuina; pero *el motivo del compromiso* debe trascender todos los votos y a todos los nombres, no se debe apegar a ninguna particularidad, por alta que sea. Cualquiera puede encontrar fácilmente gusto o razones para ocuparse del pequeño ámbito que le rodea; pero cualquier opción que no tenga otros motivos fuera de sí misma no es sino un egoísmo dilatado, un sentimentalismo injusto. Por desgracia las costumbres de nuestros días afirman elocuentemente, incluso en la altisonante mentira de su cacareado universalismo, la incapacidad de superar una perspectiva siempre limitada; incapacidad que pronto se convierte »

⁶³ 2 Cor 11,16.22-33.

⁶⁴ Cfr. Mt 18,12-14; Lc 15,4-6; Jn 10,11.

⁶⁵ Mt 28,19.

» en imposibilidad de ser fieles a lo particular, pues se experimenta tan estrecho y mezquino como una cárcel.

Al contrario, la segura libertad de una existencia cristiana, su vigilante desapego de todo particularismo, su decidida prontitud para toda auténtica novedad, constituyen por sí solas una promesa, una profecía del advenimiento del Reino:

«Oráculo del Señor Dios:

He aquí que están para llegar días
en los cuales enviaré mi hambre sobre la tierra:
no un hambre de pan, no una sed de agua,
sino hambre y sed de oír la palabra de Dios.
Y ellos irán errantes de un mar a otro,
del Septentrión al Oriente;
e irán aquí y allá buscando la palabra de Dios,
y no la encontrarán.
En aquellos días desfallecerán de sed
las muchachas y los jóvenes»⁶⁶.

Recordamos que se pueden enviar preguntas y testimonios a la página web
<http://eventi.comunioneliberazione.org/gscontributi/>

⁶⁶ Am 8,11-13.